

## El doctor don Rodolfo Lenz

### (Semblanza del maestro)

Cuando el Doctor Lenz llegó a Chile, en 1890, la Gramática era preceptiva y rutinaria. Pretendía enseñar a hablar correctamente a los que ya poseían su lengua materna con dominio perfecto. Ella quería *corregir* el lenguaje espontáneo sometiéndolo a la ley arbitraria o terca de los escritores clásicos. Cervantes y Lope hablaban y escribían mejor castellano que nosotros y apartarse de ellos era herejía. Como se expresaba Cervantes, cómo lo habría dicho Moreto, Tirso o Moratin era sin duda más correcto que cómo podía espontáneamente expresarlo un hijo del Mapocho. Comparando aquellas formas sagradas de escribir con lo que nosotros dedamos y aun escribamos, no había duda de que habíamos estropeado la lengua de nuestros mayores. Dos principios regían la gramática: el uso de los clásicos, «de los buenos hablantes», y la lógica de la lengua, es decir a la vez la conformidad semántica y la concordancia sintáctica. Lo demás era bárbaro: solecismo, galicismo, cacofonía y pleonasm.o.

A los viejos profesores de gramática la lengua misma se les escapaba: no la veían, no la sentían, no la gozaban, no la admiraban. Su expresión enérgica o apasionada, pintoresca o sutil, no tenía pro alguna si en ella advertían una concordancia errónea, una acepción dialectal, una redundancia inútil.

La lengua, que decían respetar y venerar, era una cosa muerta, que ya había sido *fijada* definitivamente por la Real Academia Española.

Lenz tenía otra formación intelectual: espíritu positivo y sagaz, formado desde niño en la escuela de la filología moderna,

solo veia en cada lengua humana un fenomeno social, vivo y mudable, en perpetuo desarrollo, sometido a la ley infinita de un devenir también interminable. Las categorías gramaticales, los sustantivos, adjetivos o adverbios, las leyes de la concordancia, eran solo clasificaciones destinadas a entender el fenomeno, a percibir las leyes reales que lo rigen, pero no formaban parte del idioma mismo.

El hombre las habia creado como ha creado la geometria y la mecánica, para atribuir al mundo una racionalizacion que lo haga inteligible, pero no porque esas categorías de la mente, esos valores subjetivos, sean realidades de las lenguas, inalterables e inviolables.

Este punto de vista tan diferente unido a su sagacidad e inteligencia, lo hizo un critico formidable de la gramática tradicional. La lucha lo enardeció y su instinto de polemista lo llevo a pulverizar libres, sistemas y fetiches.

Habia gente que lo odiaba, que lo hallaba funesto, que suponfa que por él, por su cátedra del Pedagógico, se iba a destruir la lengua castellana en Chile, que llegaríamos por su culpa a hablar *algarabía*, como habia dicho Mora en un soneto irreverente, sesenta años antes. No le perdonaban que no mirase la Gramática de Bello como cosa santa; que osara criticarla y hasta ridiculizarla. En realidad la respetaba como obra considerable y genial, como esfuerzo de paciencia, de erudición, de lógica, como una maravilla de interpretación de los fenomenos de la lengua, como obra maestra de sagacidad filologica, pero no imaginaba que fuese la última palabra de la ciencia ni aceptaba su criterio preceptivo, que apunta a menudo sus orejas entre las mas brillantes interpretaciones de su genio. No la criticaba por el gusto de polemizar o por diversion de erudito, sino para mejorar la doctrina, completar o rectificar la información. En el fondo hacia la misma obra sagaz y fecunda de Cervantes, solo que carecia del respeto venerante del sabio colombiano.

Sus verdaderos alumnos, los que querian beber su ciencia y su lógica, los que buscaban ante todo enriquecer su espíritu de verdad y de nociones, no pueden sino estar agradecidos a su enseñanza, a su critica acerada y certera, a su penetración quirúrgica en las afirmaciones de Bello. Sólo que esta tarea negativa lo entusiasmaba demasiado. El tiempo volaba y raras veces tenia la ocasión de crear una doctrina de reemplazo. Fallaba, por entusiasmo derramador, en la tarea indispensable de

formular una doctrina afirmativa, que sus alumnos, en su inmensa mayoría, habían menester. Danton, el ilustre revolucionario, no lo habría aprobado: *on ne détruit que ce qu'on remplace*.

Era, sin embargo, como él, un revolucionario ideológico de primera fuerza. La autoridad carecía a sus ojos de todo prestigio si estaba contra los hechos, contra la razón o contra la lógica. Enseñó durante cuarenta años a mirar en la lengua un fenómeno independiente de las teorías de los gramáticos, a observarla en su realidad íntima, en su fonética espontánea, que va degradándose sola de boca en boca a través de las generaciones, en la mutación inverosímil de sus significados, en sus analogías arbitrarias, en el ilogismo creciente o decreciente de su sintaxis verdadera.

Afirmaba solo lo que veía, sin hallar vicio o incorrección en parte alguna, y tratando siempre de dar una explicación general del fenómeno normal o teratológico que observaba. No se irritaba contra ella nunca, y al contrario, como los médicos, hallaba placer en alguna de esas monstruosidades que escandalizaban antaño a nuestros mayores. Así como el cirujano se entusiasma ante un bello tumor, ante un magnífico caso de cáncer, él se refocilaba ante un solecismo piramidal.

Y todo esto lo explicaba con una sagacidad, con una claridad, con una penetración que lo dejaban a uno satisfecho y sabedor. Su clase resultaba así inolvidable, porque más que nociones estereotipadas, le daba a uno un criterio que lo dejaba apto para pensar y juzgar con su propia cabeza, libre de dogmas precarios y armada de un método cierto e infalible.

La mañana entera se pasaba el Dr. Lenz en esta enseñanza infatigable, en esta pelea con los viejos maestros y las viejas doctrinas, en esta disputa a veces agria con los hombres del pasado. En la tarde cambiaba de actividad: leía libros y mamotretos, compulsaba notas, hacía excursiones por todo linaje de diccionarios y obras viejas, investigando incansablemente, con espíritu de sabio moderno y paciencia de benedictino, lenguas indígenas, dialectos americanos, mezcla de fábulas vulgares, *folklore*, mutaciones semánticas o fenómenos yamaticales. Fruto de esta investigación, de este esfuerzo de sabio incansable, son sus obras numerosas y profundas: *La Oración y sus Partes*, el *Diccionario Etimológico de las Voces Chilenas Derivadas de las Lenguas Indígenas Americanas*, *Para qué estudiamos Gramática*, *Veinte Lecciones de Inglés*, *Gramática Inglesa*,

*Gramatica Francesa*, (en colaboraci6n con don Antonio Diez),  
*La Ortograja Castellana*, y tantas otras.

Elias dan fe de su originalidad fecunda, de su preparaci6n y competencia, de su atrevimiento cientifioo, de sus relevantes condiciones de investigador, de su espiritu positiva, de la plena confianza en su mente privilegiada. Solo podria reprocharsele su excesiva especialidad. Su mente no sali6 de la filologia. Habia elegido esa ciencia con amor y con fe y el mundo que esta mäs allä de ella parda no existir. Asi su espfritu reposaba en una contemplaci6n beata y cuasi santa de la pol6mica activa y encendida de sus lecciones orales.

Esto le ha permitido durante una larga y noble vida ser dos veces util a esta tierra de Chile, que es la suya por el afecto y la gratitud: util a los sabios y eruditos por la riqueza de sus investigaciones filol6gicas y util a la ensefianza de la Republica por el fuego sagrado de amor a la verdad y de fe en los m6todos cient6ficos, que difundió durante cuarenta afios en su c6tedra viva y fecunda del Instituto Pedag6gico.

CARLOS VrcuNA